

1.ª EPÍSTOLA A LOS TESALONICENSES

Introducción

En la Epístola a los Tesalonicenses, sobre todo en esta primera carta —en la segunda se hace necesario poner a salvo de los pérfidos ataques del enemigo la lozanía de estos creyentes—, tenemos la condición y esperanza del cristiano en este frescor. Ambas epístolas son las primeras que Pablo escribió, con excepción de Gálatas, cuya fecha desconocemos. Dado que hacía tiempo que estaba ocupado en su obra, fue cuando la vio bastante avanzada que decidió preservarla por medio de sus escritos, que como hemos visto son variados en carácter, y en función del estado de las iglesias y la sabiduría divina depositar en el cómputo de las Escrituras lo que era necesario comunicar a la posteridad.

Como recién convertidos, los cristianos en Tesalónica sufrían mucho las persecuciones del mundo, las que los judíos se habían encargado de lanzar anteriormente contra Pablo. Feliz por la obra de gracia llevada a cabo allí, y regocijándose por el estado de sus amados hijos en la fe —testimonio del que daba debida cuenta gente de todas partes, y también el mundo—, el apóstol abre su corazón y el Espíritu Santo declara por su boca en qué consiste la condición del cristiano en la tierra, motivo del regocijo de Pablo en los tesalonicenses, y la esperanza que arrojaba luz sobre la existencia del creyente con un brillo que le acompañaba toda la vida y le iluminaba un camino desértico. En pocas palabras, el carácter cristiano se muestra ante nosotros con todos los motivos de gozo, y esto es así en relación con el testimonio divino, y la esperanza, que nos da fuerzas para rendirlo.

Todos sabemos que la doctrina de la venida de Cristo, que acompaña universalmente a la obra del Espíritu, y a su vez afianza el corazón con el primer brote de una nueva vida, hace acto de presencia en las dos epístolas. La doctrina no se enseña solo de modo oficial, es decir, como doctrina, sino que tiene que ver con cada tipo de vínculo espiritual creado con nuestra alma y se expresa en todas las circunstancias de la vida cristiana. Nos convertimos para esperar al Señor. El gozo de los santos en los frutos que resultan de sus afanes es algo que el Señor conoce muy bien. Es con su venida que la santidad abriga importancia, y su repercusión será evidente en lo que sea que haya de manifestarse. Está la consolación de los cristianos en la hora de la muerte, y también el juicio del mundo, que vendrá súbitamente. Dios guarda a los suyos en santidad y sin reproche para la venida de Cristo. En los próximos capítulos tocaremos estos puntos con todo detalle; aquí solo los indicamos. Veremos que, por lo general, las relaciones personales y la perspectiva de Su manifestación constituyen una novedad. El Señor está presente en el corazón, dando forma a su objeto, y los afectos cristianos surgen en el alma para hacer abundar los frutos del Espíritu.

Capítulo 1

En las dos epístolas se dice respecto a una única asamblea: «[...] en Dios Padre...», es decir, una asamblea plantada en una relación de la que deriva su existencia moral y razón de ser. La vida asamblearia se origina a raíz de la comunión surgida de esta relación. El espíritu de adopción es algo que caracteriza a esta vida. Los tesalonicenses conocían al Padre con su afecto de hijitos. Así, dice Juan al respecto: «os escribo a vosotros, porque habéis conocido al Padre»; la primera presentación de la posición de libertad a la que Cristo nos ha llevado, una libertad delante de Dios y en comunión con él. Una posición muy estimada como hijos, en la que tenemos a Uno que nos ama con todo el dulce afecto paternal de dicha relación, y según la perfección divina. Aquí no se trata de adaptar la experiencia humana de Cristo a esa otra especie imperfecta en la que tomó forma —por inestimable que sea la gracia—, sino de nuestra introducción en el gozo de la luz pura y de los afectos divinos expresados en el carácter paterno. Es nuestra comunión,

llena de afecto y ternura, sin mezcla con Aquel cuyo amor es fuente de toda bendición. Tampoco dudo que, recientemente salidos del paganismo en el que habían estado instalados, el apóstol quiera referir a los tesalonicenses el conocimiento que tenían del verdadero Dios y Padre, en contraste con sus muchos ídolos.

Al declarar, como era su costumbre, lo que sentía respecto a ellos, el apóstol no habla de dones, como hizo con los corintios, ni de las espléndidas virtudes halladas en la exaltación del Señor y todos los santos, como hiciera con los efesios, y también con los colosenses, ni del afecto fraternal y el compañerismo del amor que habían manifestado los filipenses en la relación que sostuvieron con el apóstol, ni de la fe que él tenía aparte de su propia labor, en comunión con aquello a través de lo cual esperaba ser renovado, sumando los abundantes dones que todo ello permitía transmitirles, como hiciera con los romanos, a quienes aún no había visto. Aquí les está hablando de la vida cristiana en las primeras y nuevas impresiones del creyente, de su calidad intrínseca, a medida que esta vida se desarrollaba por la acción de la energía espiritual, la vida que ellos tenían de parte de Dios, todo lo cual recuerda el apóstol en sus oraciones con mucha satisfacción y gozo. Había explicado a los corintios tres principios que forman la base y fundamento de esta vida: la fe, la esperanza y el amor, que adecentaban a su vez los poderosos motivos de vida de los tesalonicenses. No era una vida que tuviera que disfrutarse por mera costumbre, pues manaba, en su expresión de testimonio, de la comunión directa con su origen, reflejándose en unas actividades dotadas de vitalidad y sustentadas por la vida divina, sin apartar en ningún momento la mirada del objeto de la fe. Se hacía una obra, había esfuerzo y tenacidad.

Lo mismo que en la asamblea de Éfeso, por lo que vemos en el capítulo 2 de Apocalipsis. Pero aquí se trata de una obra de fe emprendida por el amor con un tesón alentado por la esperanza. Como hemos visto, la fe, el amor y la esperanza son las fuentes del cristianismo en el mundo. La obra, la constancia y el esfuerzo continuaron en Éfeso, pero dejaron de definirlos estos poderosos principios. Continuó el hábito rutinario, pero faltaba la comunión, dado que habían abandonado su primer amor.

La primera carta a los tesalonicenses expresa el vivo poder con el que se plantó la asamblea, y Éfeso, en Ap 2, manifiesta el primer alejamiento de este estado. ¡Que nuestra obra derive siempre su fe, fuerza y existencia de la comunión con nuestro Dios y Padre! Que en todo momento sea el fruto del aprendizaje de aquella vida invisible, vivida por la certidumbre en la Palabra, y lleve la impronta de la gracia y la verdad que vinieron por Jesucristo. ¡Que nuestro servicio y esfuerzo puedan ser fruto del amor, y no se lleven a cabo como deber u obligación, si sabemos que los tenemos delante para acometerlos! Que la paciencia que debemos tener para cruzar este desierto no sea únicamente porque nos hemos persuadido de la senda ante nosotros, sino por una tenacidad sustentada por la esperanza que resulta de nuestra contemplación de Jesús por la fe, que se traduce en nuestra espera de él.

Estos principios —fe, esperanza y amor— moldean nuestro carácter como cristianos, pero ninguno puede, ni debería, tomar forma en nosotros si no es que cuentan con un objeto. El Espíritu presenta estos objetos a continuación. Manifiestan un doble carácter: el corazón descansa en Jesús por la fe; espera, confía y une sus lazos con él para el camino, el cual anduvo en esta tierra. Jesús es ahora nuestro representante en el cielo y nos guarda aquí como el buen Pastor. Ama a los suyos y les da el alimento que necesitan. Nuestra fe y esperanza le tienen presente. La conciencia está puesta delante de Dios Padre, no con un espíritu de temor, pues no hay ninguna duda en cuanto a nuestra relación. Somos hijos de un Padre que nos ama en perfección, por eso seguimos en su presencia. Su luz tiene poder y autoridad sobre la conciencia, y trazamos nuestro camino a medida que su ojo amoroso continúa velando por nosotros. La luz lo manifiesta todo, juzgando lo que debilitaría la dulce y tranquila serenidad de la presencia divina, de nuestra comunión con Jesús y nuestra confianza en él; en fin, de la intimidad de esta relación mutua entre el alma y el Señor. Ambos principios son muy importantes para poder alcanzar una paz duradera y que el alma prospere. Sin ellos, desmayaríamos. Un principio sirve de sustento a la confianza; el otro, nos guarda en la luz con una buena conciencia. Sin lo segundo,

la fe, por no decir más, pierde su vivacidad, y sin lo primero la conciencia se convertiría en un ente legal que nos haría perder ardor y fuerza espiritual.

El apóstol también les recuerda que hay unos medios que Dios emplea para producir este estado de cosas: el evangelio, la Palabra presentada con poder y seguridad al alma por medio del Espíritu Santo. La palabra de Dios ejercía poder en el corazón, y el Espíritu se allegaba a ellos, haciéndoles conscientes de su presencia. El resultado era la plena seguridad de que la verdad habitaba sólidamente arraigada y era real. La vida del apóstol, y su conducta, corroboraban el testimonio que él daba y que formaba parte de todo eso. Por consiguiente, y como era el caso, el fruto de su labor iba acorde con el carácter del obrero. El cristianismo de los tesalonicenses se parecía al de Pablo. Era como el camino que el Señor anduvo y que el apóstol seguía muy de cerca, bajo mucha aflicción, puesto que el enemigo no podía soportar un testimonio tan diáfano. Dios le ofrecía su gracia para avivarlo con el gozo del Espíritu.

Un feliz testimonio del poder espiritual en el corazón. Cuando ocurre, se convierte en una evidencia también para los demás, que ven en los cristianos un poder que ellos ignoran, que los impulsan motivos que otros no han experimentado. Los cristianos tienen, asimismo, un gozo del que la gente puede burlarse pero no poseer, una conducta que los sorprende y sin embargo admiran, aunque no estén dispuestos a imitarla; una paciencia que demuestra la impotencia del enemigo al refrenar un poder que lo soporta todo con regocijo, pese a los intentos de Satán por agotarla. ¿Qué pasa con quienes se dejan matar sin perder un ápice de gozo, y por lo contrario este poder los hace estar más alegres? ¿Qué pasa con quiénes olvidan sus motivaciones cuando están solos, y quiénes, cuando se ven oprimidos, afianzan su alma en el gozo perpetuo pese a todas las contrariedades? ¿Y quiénes, invictos, hallan en la tempestad la ocasión de dar un testimonio más vivo de que los cristianos están fuera de su alcance? En tiempos de paz, la posesión de vida es la indicación de un testimonio que en la hora de la muerte y la tortura se acrecienta. Así es el creyente que vive el cristianismo con un poder real, en las condiciones normales estipuladas por Dios. La Palabra (del evangelio) y la presencia del Espíritu se reproducen en un mundo distanciado de Dios.

Esto les sucedió a los tesalonicenses, y el mundo, a pesar suyo, llegó a ser un testigo más del poder evangélico. Como ejemplo para creyentes de otros lugares, eran el tema de conversación en boca de todos ante el mundo, que no se cansaba de hablar de este fenómeno novedoso y extraño acerca de una gente que había renunciado a todo lo que se adueña del corazón, a cuanto se sujeta a él, y que adoraban a un Dios vivo y real, de quien también daba testimonio la conciencia natural. Los dioses paganos eran los dioses de las pasiones, no de la conciencia. Esto proporcionaba una realidad y objetividad a la posición de los cristianos y su religión. Ellos esperaban al Hijo del cielo. No hay por qué dudar de lo felices que eran estos cristianos, cuyo camino y vida hacían del mundo un testimonio de la verdad; ellos, tan distintos en su confesión y consecuentes en la forma de vivir, que un apóstol no necesitaba expresar más veces lo que había pregonado. El mundo hablaba por él y por labios de ellos.

Unas palabras sobre el testimonio, que, por sencillo que sea, tiene gran importancia y contiene principios de hondo calado moral. El testimonio forma la base integral de la vida y de todos los afectos cristianos revelados en esta epístola. Además de esta evolución, contiene una revelación especial de las circunstancias y del orden de la venida de Cristo para llamar a su pueblo, de la diferencia entre este suceso y el día del Señor para juzgar el mundo, aunque esto último derive de lo anterior.

A lo que se refiere el apóstol es al testimonio que daban los tesalonicenses en su fiel camino, que discurría por tres vías: en primer lugar, abandonaron sus ídolos para servir al Dios vivo y verdadero; en segundo lugar, esperaban a Su Hijo del cielo, al que había resucitado de entre los muertos; y por último, se sabían amparados por él, protegidos de la ira que tenía que desatarse.

Un hecho muy importante, sencillo, pero de gran trascendencia, sienta las bases del cristianismo ofreciéndonos un objeto. Se trata nada menos que de Dios. La naturaleza humana podrá poner al descubierto la vanidad que subyace a la mentira, y nosotros burlarnos de los

falsos dioses y las imágenes esculpidas, pero no podemos ir más allá de la revelación natural ni conocer nada por nuestra cuenta. Un nombre famoso de la antigüedad se complace en explicarnos que todo marcharía mejor si fuéramos guiados por los principios de la naturaleza (es evidente que no es posible elevarnos por encima de ella); y, de hecho, tendría razón si no hubiéramos caído. Establecer como requisito que el hombre deje guiarse por los principios naturales, demuestra que está caído y se ha degenerado por debajo de su estado natural primigenio, y es obvio que no se conduce por el camino que la naturaleza establece. Todo está sujeto al caos. La voluntad actúa en las pasiones y descarría al hombre, que ha abandonado a Dios y ha perdido el control, el punto de fijación que le mantenía en su lugar, donde todo permanecía en su sitio. El hombre no puede restablecerse como su propia guía, pues aparte de Dios no hay otra cosa que la voluntad dominadora. Muchos objetos favorecen la manifestación de las pasiones y de la voluntad, pero no existe ninguno que como motivo esencial confiera al hombre una posición moral, firme y duradera que regule su relación con dicho objeto, de manera que su carácter lleve el distintivo de esta marca y valor. El hombre debe tener, o bien un centro de virtud que lo transforme en un ser moral y lo atraiga hacia sí —llenándolo con sus afectos, de modo que se vea reflejado en este objeto—, o bien continuar con su voluntad y ser el entretenimiento de sus pasiones, con la inevitable consecuencia de verse convertido en esclavo de otros objetos que se apoderen de la voluntad. La criatura, como ser moral, no puede subsistir sin ningún objeto. La autosuficiencia es solo una propiedad de Dios.

El equilibrio que subsistía por el desconocimiento del bien y del mal acabó olvidándose. El hombre dejó de caminar como convenía, sin tener en cuenta más que su condición momentánea, extraña a la que una vez poseyó. Carece de voluntad, o lo que es lo mismo, ejerce una que en cierta ocasión solo desea lo que ya poseía, cuando le agradaba gozar de lo apropiado a su naturaleza, especialmente de la compañía de un ser como él, una ayuda de idónea condición que le correspondía.

El hombre manifiesta voluntad. Aunque perdiera lo que definía la esfera de su regocijo, existe en él una actividad que busca y es incapaz de cejar sin lograr su objetivo. Se ha lanzado a llenar un ámbito que no puede colmar, en el que carece de inteligencia para asimilar lo que contiene, y de poder para comprender aquello que desea. Todo lo que fue suyo no es ya suficiente para proporcionarle gozo. Sigue necesitando un objeto que, o se encuentra en límites elevados, o en zonas más bajas. Si se halla en zonas inferiores, el hombre se degrada sometiéndose a lo más vil, y esto es lo que realmente ha ocurrido. Ha dejado de vivir conforme a lo natural (como afirmaba la persona antes aludida), un estado que el apóstol describe al comienzo de su carta a los romanos con todos los horrores que la verdad nos descubre. Si el objeto se encontrara sobre el hombre, pero debajo de Dios, aun así no habría nada que pudiese dominar su naturaleza ni indicarle su lugar moral. Un ser bueno no podría ocupar este lugar sin excluir a Dios. Si un mal objeto vence al hombre, se convierte para él en un dios que desplaza al verdadero y le corrompe en su posición más digna, la peor de todas las degeneraciones. Y dado que estos seres no son más que criaturas, solo pueden gobernar al hombre mediante las cosas que existen y ejercen alguna acción en él. Hablamos de los dioses de sus arrebatos, que rebajan la idea de la divinidad y envilecen la vida humana, esclavizándola con sus pasiones insaciables, creando el mal con sus excesos y dejándola exhausta. Esta era, efectivamente, la condición humana en el paganismo. El hombre, sobre todo, que tiene conocimiento del bien y del mal, debería tener a Dios como un objeto que el corazón reciba con satisfacción y con el que pueda ejercitar sus afectos, de lo contrario está perdido. El evangelio (el cristianismo) le ha dado a Dios, quien llena todas las cosas y es la fuente de toda bendición y de todo el bien, del amor y todo el poder, que posee todo en Su conocimiento porque todo —excepto la negación de sí mismo— no es más que el fruto de Su mente y voluntad. Dios se ha revelado al hombre a través de Cristo, a fin de que el corazón, ocupado en Él y confiado en Su bondad, goce de Su presencia y refleje Su carácter.

El pecado y la miseria humana no han hecho más que acentuar, de un modo más infinito, el carácter de Dios y la perfección de su naturaleza amorosa, sabiduría y poder. Aquí solo

consideraremos el hecho de que se ha dado como objeto al hombre. Aun así, la miseria humana no ha hecho sino abrir el camino a una revelación divina más admirable si cabe, y Dios debe tener un objeto digno de él antes de pasar a ocuparse del asunto central de sus propósitos, siendo capaz, de este modo, de revelar sus afectos. Dicho objeto es la gloria de su Hijo. Un ser de naturaleza inferior no hubiera podido serlo, aunque Él pudiese glorificarse en cualquiera. El objeto de estos afectos, y más los afectos ejercitados al respecto, son necesariamente correlativos. Así pues, Dios ha mostrado su inmensa gracia soberana a los seres más despreciables e indignos, a quienes más lo necesitaban. Ha manifestado toda la majestad de su Ser y naturaleza excelente en relación con un objeto en el que halla placer y exhibe toda su gloria. Pero es como Hombre (maravillosa verdad de los consejos eternos) que este objeto divino, el deleite del Padre, ha ocupado un lugar en la revelación gloriosa por la cual Dios se da a conocer a sus criaturas. Él ha preparado y enviado al Hombre a tal efecto. El corazón enseñado por el Espíritu conoce al Dios revelado en esta inmensa gracia y amor descendido del trono, para remediar la ruina y miseria de los pecadores que se ven, en Cristo, conociendo y gozando el amor que Dios tiene para el objeto de su eterno regocijo, quien reúne todo el mérito para que sea así. Gozan de las comunicaciones por las que testifica de este amor y, finalmente, de la gloria, su manifestación pública ante el universo. Esta última parte de nuestra inefable dicha es el tema de las comunicaciones de Cristo al final del evangelio de Juan (caps. 14, 16 y, en especial, el 17).

En el momento que el pecador se convierte y cree en el evangelio —completando así su estado, debo añadir—, es sellado por el Espíritu Santo, después de que nuestro Señor haya cumplido la redención e introducido al hombre (en lo relativo a su principio vital) en esta posición y relaciones divinas. Tal vez no sea más que un principiante, pero el Padre, al que él conoce, de cuyo amor es partícipe, y el Salvador, en quien tiene puestos los ojos, son los mismos de que gozará cuando sepa cómo ha sido conocido. Es un cristiano converso de los ídolos para esperar del cielo al Hijo de Dios.

Fijaos que la cuestión que estamos tratando no es el poder que obra las conversiones, ni la fuente de vida. Hay otros pasajes que abordan estas cosas. Aquí tratamos del carácter de la vida al manifestarse. Ahora bien, esta depende de sus objetos. La vida se ejercita y se exhibe por entero en relación con estos objetos. La fuente de la que emana hace posible poder disfrutarla, pero una vida intrínseca, que no posee ningún objeto del que depender, no es la vida de la criatura. Una vida así es prerrogativa de Dios, lo que viene a demostrar la clase de locura de a quienes les gustaría vivirla basándose en el sujeto, como ellos dicen, y carecer de todo carácter objetivo; pero este estado subjetivo depende del objeto del que se ocupa. Es una propiedad de Dios ser la fuente de Sus propios pensamientos, sin constituirse en objeto —autosuficiente, porque él es la perfección, centro y origen de todo— ni crear objetos ajenos a sí mismo. En una palabra, aunque el hombre reciba una vida divina que le capacite para disfrutar de Dios, su carácter moral no puede formarse sin un objeto que se la transmita.

Dios se ha dado a nosotros como objeto y se nos ha revelado en Cristo. Si nos ocupamos de él (aceptando que se haya revelado de esta manera), el tema ya es lo bastante amplio. Supone un gozo infinito, pero en lo infinito habrá simplemente algo que le falte a la criatura, aunque sea su mayor privilegio disfrutarlo. Por una parte, es necesario que sepa que no es movida de su lugar, y que Dios ocupa el Suyo en lo que a él mismo se refiere; por otra parte, está también aquello que le exalta de forma muy admirable. Así es, un privilegio que se nos ha otorgado en una hermosa intimidad, pues somos hijos y vivimos en Dios, como él en nosotros. Sin embargo, con ello se produce un cierto peso en el corazón, en el sentido que solo Dios sabe darle. Leemos acerca de «un excelente y abundante peso de gloria». Su majestad debe ser mantenida cuando pensamos en él, cómo se ejerce su autoridad en la conciencia. El corazón (para tal propósito lo ha formado) necesita algo que no rebaje sus afectos, que sin embargo posea el carácter de compañero y amigo, al menos para tener acceso a todas estas cualidades.

Esto es lo que tenemos en Cristo, nuestro estimado Salvador. Un objeto cercano a nosotros que no se avergüenza de llamarnos hermanos; nos llama amigos, y todo lo que ha oído del Padre nos lo da a conocer. ¿Es él un medio que nos desvía la mirada de Dios? Al contrario, es en él que

Dios se manifiesta, también en quien los ángeles ven a Dios. Él es quien, estando en el seno paterno, nos revela al Padre en la dulce relación en la que le conoce. Y no solo eso, pues además está en él, y el Padre está en este objeto, de modo que quien le ha visto ha visto al otro. El objeto nos revela a Dios y evita que nos distanciamos. Le ha revelado en gracia, y en él esperamos la revelación de la gloria. También en el momento en que nació, los ángeles celebraron el deleite de Dios en el Hombre, ya que el objeto de su eterno regocijo se había encarnado para cumplir la obra que posibilita la introducción de los pecadores en el gozo de este favor divino. Una vez fuimos enemigos, pero ahora somos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo.

Así es como nos ha reconciliado consigo. Por la fe le conocemos, «nos volvimos de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su hijo del cielo». Este Dios es el objeto de nuestro grato servicio. Su Hijo, al cual conocemos, y él a nosotros, es el objeto de nuestra esperanza, quiere tenernos donde él está y nos ha identificado con su gloria, pues como humano está eternamente glorificado y es el primogénito entre muchos hermanos. Le esperamos del cielo, porque nuestras esperanzas están allí, donde se asienta nuestro gozo. Tenemos la infinitud de un Dios de amor, la profundidad y la gloria del que ha conocido todas nuestras dolencias y quien, sin pecado, ha llevado todos los nuestros. ¡Menuda porción la nuestra!

Hay la otra cara de la verdad. Las criaturas son responsables, y por magníficos que sean Su amor y paciencia, Dios no puede tolerar el mal ni el desacato a su autoridad. Si lo hiciera, todo sería confusión y miseria, y él sería el primero en perder el crédito. El juicio y la ira se aproximan. Éramos responsables y hemos fracasado. ¿Cómo vamos a gozar de Dios y del Hijo de la manera en que me he referido?

Tenemos aquí la aplicación de la tercera verdad que el apóstol menciona: «... quien nos libra de la ira venidera». La obra de Cristo nos ha cobijado de esta ira, puesto que ocupó nuestro lugar de responsabilidad en la cruz para borrar nuestro pecado por medio de su sacrificio.

Estos son, pues, los tres elementos importantes de la vida cristiana. Servimos al Dios vivificador tras haber renunciado a nuestros ídolos de dentro y fuera. Esperamos a Jesús para la gloria, dado que esta esperanza divina nos hace sentir lo que en realidad es el mundo, y así conocemos a Jesús. En lo relativo a nuestros pecados y conciencia, estamos perfectamente lavados, limpios, y no tenemos nada que temer. La vida y camino de los tesalonicenses propiciaron la aparición del testimonio sobre estas verdades.

Capítulo 2

Después de establecer estos principios, con el corazón rebosante y lleno de sinceridad el apóstol apela a su camino entre ellos como prueba de que andaba con el mismo espíritu de regocijo. No se trataba de exhortar a los demás para beneficiarse del afecto que le mostraban. Tampoco los exhortaba a resistir en la lucha si no fuera porque él había experimentado lo mismo. Aunque insultado y maltratado en Filipos, volvió con determinación a la carga atacando con gran energía el reino de tinieblas que era Tesalónica. No utilizó palabras lisonjeras para ganarlos: les había presentado la verdad como siervo de Dios. Había trabajado con sus propias manos para no tener que ser una carga a nadie. Todo estaba delante de Dios y de la luz, transmitiéndose por la energía del Espíritu Santo y el espíritu de entrega del apóstol, de forma que solo deseaba que caminaran del mismo modo que ellos conocían su caminar santo, justo e irreprochable, después de haberlos exhortado, con todo el afecto y ternura, a que continuasen por una senda digna del Dios que los había llamado a su reino y gloria.

Volvemos a ver en esta expresión la íntima relación del cristiano en su carácter individual con Dios. Tiene su parte en la gloria y el reino, y por eso su conducta debía permanecer a la altura de una posición así, que en este contexto no es más que la que el cristiano ocupa en su relación con Dios, como antes lo había sido para con el Señor Jesús.

El apóstol enumera los medios por los que el cristiano podía adquirir esta nube de nuevos pensamientos. Dios había hablado para revelarse, y con él sus consejos. Había encomendado el

evangelio al apóstol (cap. 2:4), y este había actuado siempre con responsabilidad en la presencia divina.

Los tesalonicenses también recibieron la palabra, no la del apóstol, sino la palabra de Dios, que los labios de Pablo les comunicó. Es interesante ver que, sin olvidar que es un pensamiento importante para nosotros —en lo relativo a la manifestación del poder divino en la tierra—, las labores de sus siervos responden al carácter y profundidad de esta obra. De este modo se establecen los vínculos de la gracia y la comunión, produciéndose un entendimiento mutuo. La obra pone de relieve al que está detrás, el obrero, que se regocija en lo que su corazón ha deseado para las almas, el fruto de sus trabajos. Estas almas saben reconocer el camino y la labor del obrero, y en él ven el poder de la gracia que le capacita para llevarlas hasta esta posición. Tanto los unos como las otras, que conocen ya a Dios, se gozan en la comunión de Su gracia.

Pablo sostenía una comunión muy franca con Dios, tanto en el alma como en la obra. Por consiguiente, los tesalonicenses recibieron la palabra con el mismo poder y fuerza, y junto con Pablo estaban en una comunión íntima y poderosa con el Señor.

Tenemos aquí, de pasada, que los judíos se han visto privados de esta relación divina (el remanente del pueblo elegido), y el sufrimiento que padecen es debido al odio de la mayoría. Los que fueron escogidos de entre los gentiles reaccionaron a la hostilidad de sus compatriotas gracias a su camino de testimonio contra el príncipe de este mundo, y a la confesión que hacían de un Cristo celestial que el mundo había rechazado.

La religión de los judíos provocaba los celos de la gente. La pretensión a la posesión exclusiva de unos privilegios religiosos —muy apreciados cuando los disfrutaban con Dios, como señal del favor que les mostró— no era sino causa de odio cuando, en la plenitud de la gracia soberana, él prefirió bendecir a unas personas que hasta entonces no habían tenido ningún derecho a nada. Pero con motivo de esta pretensión exclusiva, los judíos negaban los derechos de Dios, que en el pasado los había escogido como pueblo. Negaban su gracia, según la cual obraba hacia los pecadores y con la que les podría haber prodigado mejores bendiciones. Mientras, su negativa a aceptarlas había transformado la escena, y de este modo nuestros gozos y esperanzas se transfirieron al cielo, donde el Señor está y permanece hasta que venga a reclamar sus derechos sobre la tierra. Pero antes de que esto ocurra, nos tomará a sí mismo.

La palabra de Dios origina nuestra confianza, la revelación de la gloria, de la verdad y el amor. Actúa con poder en quienes la creen. Los judíos, pues, quedan al margen. Contrarios a la gracia mostrada a los gentiles, fueron reacios y se portaron mal con Dios, que no dudó en manifestarles su ira. Aunque no la ejecutó, permanecían bajo ella en la posición que pasaron a ocupar. No se debía a que hubieran vulnerado la ley cuando mataron a los profetas, que les habían hablado con un espíritu de gracia, y dieran muerte al Cristo, el Señor Jesús, de modo que solo la gracia podía proporcionar el remedio. Pero sí se resistieron, porque con esta gracia Dios mostró bondad a los gentiles, a quienes concedió, igual que a ellos, otros privilegios. Por tanto, la cólera divina los alcanzó finalmente como nación. Los cristianos pronto se encontraron disfrutando de mayores privilegios que los judíos.

No es este el momento de explicar los futuros tratos divinos con el remanente. El apóstol se ha referido al pueblo judío para explicar que los únicos que se hallaban en una relación con Dios eran cristianos que habían recibido la palabra. Y el recibirla solo por fe motivó que estas almas fueran llevadas a una relación con él. Los privilegios hereditarios resultaron ser de raíz un obstáculo a la gracia y a la soberanía divinas.

La palabra revela la gracia. Es obedecida al depositar la fe en ella. Introducidos en esta relación con Dios, los cristianos andan en Su comunión y caminos esperando al Hijo, quien se ha revelado a los hombres. Este es el fruto de lo que han recibido por fe estos cristianos: un principio vital, eficaz, así como una luz que ilumina su camino.

El apóstol bendecía a Dios porque esto resultó ser completamente cierto de los tesalonicenses. Tras aclarar esta cuestión, vuelve a hablar del gozo de su comunión con ellos en la bendición que la revelación divina (a través de la Palabra) había motivado en sus corazones.

Su sueño era verlos gozar cara a cara de esta comunión. Siempre y cuando fuese por la fe que habían adquirido el conocimiento de Dios, y el Señor siguiera ausente, se obtendría otro resultado: que estos gozos estarían mezclados con el conflicto que, aunque parezca interrumpir el regocijo (en opinión de los hombres), lo tornaban más dulce y real, conservando su carácter celestial y haciendo del Señor el punto en donde convergían los corazones. Por eso eran conscientes de estar esperando en el páramo la revelación de una escena y un tiempo en que el mal y el poder enemigo terminarían. ¡Gozosa esperanza y dicha feliz! Cuando Cristo lo sea todo, nuestro gozo será completo y los santos también lo poseerán. Pablo deseaba volver a verlos, cuando dos veces tuvo la oportunidad de ir pero Satanás se lo impidió. Llegaría el momento en que gozaría sin obstáculos de ellos y de su labor, al verlos poseer la gloria a la venida de Cristo.

Cuando visitó Tesalónica, la vida cristiana del apóstol se manifestaba en amor y santidad. Posó entre sus habitantes y les mostró empatía, de igual modo que una madre da cariño a sus hijos. No solo les comunicó el evangelio, sino también su propia vida, de tanto que los amaba. Fue santo, y les dejó claro su conducta intachable. Se trata de la energía de una vida y amor motivados por el poder divino, sin reparar en los resultados, salvo en la bendición de los escogidos y la gloria de Dios. La auténtica vida del cristiano. El corazón que no está lleno de las dudas ocasionadas por la incredulidad, sino de fe verdadera, confía en Dios para servirle. Por eso se trata de un amor libre de uno y disponible para Él, prudente y considerado con el bien de los demás. ¡Qué vínculos surgen aquí! La persecución solo consigue apresurar la obra trasladándola a otro lugar, cuando tal vez el obrero está tentado a disfrutar de los frutos de su trabajo entre la sociedad de quienes han obtenido un gran provecho. A pesar de estar ausente, el corazón del apóstol sentía mucha afición por ellos. En sus recuerdos estaban los que él amaba y eran objeto de sus rezos. Bendecía a Dios por la gracia que les otorgó y con este pensamiento corroboraba, gozoso, la porción que tenían en la gloria como sus elegidos.

El vínculo seguía siendo fuerte, y en el momento en que podía ser roto por los ardides de Satanás (si Dios lo permitía), el corazón del apóstol cobraba ánimo e intentaba satisfacer totalmente la necesidad que producía el amor en él, cuando un Cristo presente hubiera podido quitar todos los obstáculos con su poder y cumplido sus propósitos respecto a los santos; cuando su amor hubiese podido producir en ellos los preciados frutos, y Pablo y sus amados hijos en la fe disfrutar juntos de toda esa gracia que generaba la energía espiritual. Incapaz por ahora de poder cumplir su deseo de ir a verlos, Pablo tenía puesta la mirada en ese momento. No podemos dejar de observar que, si esto era así, se debía a que su corazón estaba rebosante. El poder del Espíritu Santo, que se mueve según dicta la verdad, es la causa de que el corazón espere esa hora, y lo somete a la realización de la obra del amor haciendo realidad que las tinieblas asomen a la luz, ya sea de parte del hombre o del príncipe de este mundo. Esto nos hace apresurar ese día luminoso, cuando el mal ya no estará presente para entorpecer la felicidad del nuevo hombre, quien se hallará gozando de la presencia del Salvador glorificado que tanto ha amado y que, por ahora, mientras ejercita su fe se encuentra oculto de él.

Hablamos de Aquel que es origen y objeto de todos estos afectos, quien los sostiene y los alimenta, los atrae con sus perfecciones y amor y quien, en los sufrimientos de la vida cristiana, nos anima a seguir hasta el día en que vuelva y el corazón sea libre para ocuparse sin interrupción de lo que nos une a él. El pensamiento acerca de su presencia se adueña de la lozanía del corazón, recordando el gozo divino de la redención. Lo vemos aquí. Nos convertimos para esperarle, y gozaremos de la comunión de los santos y del fruto de nuestro trabajo cuando vuelva. Ese día transmite su fuerza cuando pensamos en la santidad; desaparece la angustia, que de otro modo causaría el lamento por la muerte de los santos, y somos guardados para aquel momento. La venida del Señor y la presencia de Jesús llenan el corazón del creyente cuando la vida resurge lozana, y lo colman de una esperanza gozosa con el cumplimiento de nuestros deseos.

Volviendo al final del capítulo 2, la unión que Satanás intentó deshacer queriendo interrumpir el gozo que de ella provenía, no hizo sino fortalecerla más con el pensamiento de la venida del Señor. La corriente del Espíritu, contra la que se dejó que Satán levantara un muro

de contención, no podía detenerse, aunque fuera desviada de su lecho natural, así que las aguas discurrieron siempre de la forma en que lo hicieron, desbordándose en oleadas que enriquecían el medio y seguían su curso hacia el mar, que al recibir las nutría la fuente de la que manaban.

Fijémonos en que los frutos especiales de nuestras labores no se han echado a perder, pues se recuperan a la venida de Cristo. Nuestro principal gozo es ver al Señor y ser como él. Esta es la porción de todos los santos. Pero existen unos frutos particulares en relación con la obra del Espíritu en nosotros que podemos producir. La energía espiritual, cuando el apóstol estuvo en Tesalónica, había originado numerosas conversiones de almas que esperaban a Jesús y que fueron llevadas a una unión íntima con él. Esta energía recibiría el premio de su corona a la venida de Cristo, como fruto de su labor, por la presencia de estos creyentes en la gloria. Así sería cómo Dios coronaría la obra del apóstol, tras presentar en la gloria un extraordinario testimonio de su fidelidad ante todos los santos. El amor que había obrado en su corazón estaría satisfecho, cuando por fin viera su objeto en presencia de Jesús. Ellos serían su gozo y gloria, una reflexión que fortalecía aún más los lazos que los unían y a Pablo le servía de consuelo en medio de sus sinsabores y padecimientos.

Capítulo 3

Esto forzó la situación que hizo que el apóstol cesara como principal obrero, sin debilitarse por ello el vínculo que mantenían con él los discípulos, pues se formaron nuevos lazos que iban a consolidar y fortalecer la asamblea, uniéndola a un tejido proporcionado por su propia urdimbre. Todo dependía, como instrumento del poder y sabiduría divinos, de las circunstancias que se nos detallan en los Hechos de los Apóstoles.

Tras las persecuciones promovidas por los judíos, el apóstol se detuvo brevemente en Tesalónica, y entonces se vio obligado a dejar la ciudad para ir a Berea. Aun así, los judíos tesalonicenses le acompañaron. Los judíos bereanos, influidos por aquellos, colaboraron para garantizar su seguridad. La persona a la que encomendaron al apóstol le condujo hasta Atenas. Silas y Timoteo se quedaron de momento en Berea, pero obedeciendo pronto su llamada se reunieron con él. Mientras, en Tesalónica estalló una violenta persecución contra los cristianos, ciudad importante donde, al parecer, los judíos habían acrecentado su influencia entre la población pagana, pero fue debilitándose por el auge del cristianismo, religión que los judíos rechazaban a ciegas.

Al conocer este estado de cosas por medio de Silas y Timoteo, el apóstol empezó a preocuparse por el peligro que podían correr los recién convertidos, cuando su fe se viera sacudida por las dificultades del camino y fueran en su contra. El afecto que les tenía no le permitiría tomarse un descanso sin antes afianzar sus corazones, recordándoles, mientras estuviera con ellos, que estas cosas iban a suceder de todos modos. Pablo se fue de Atenas y se dirigió a Corinto, donde Timoteo le volvió a consolar con las nuevas que trajo de Tesalónica, y así pudo continuar con más energía y tesón la labor.

Pablo estaba escribiendo la epístola cuando llegó Timoteo. Este le informó del buen estado de los cristianos tesalonicenses: guardaban con fervor la fe, ardían en deseos de verle, y andaban manifestándose amor. Entre todos los sufrimientos y enemistad de los hombres —en una palabra, de las aflicciones del evangelio—, el espíritu del apóstol recupera fuerzas con estas noticias y se siente más animado. Si la fe del obrero es el medio de bendecir a las almas, y, en general, el barómetro que mide la trascendencia de la obra, la fe de los cristianos (la de quienes saben corresponderle), fruto de sus esfuerzos, es a la vez un motivo de consuelo y valor para el que trabaja, como lo son sus oraciones para bendecirle.

El amor halla alimento y gozo en su bienestar espiritual. La fe lo sustenta y fortalece, y siente la palabra divina. «Yo vivo —dice el apóstol— si vosotros estáis firmes en el Señor, pues ¿qué acción de gracias podemos dar a Dios por vosotros, a cambio de todo el gozo con que nos gozamos por vuestra causa delante de nuestro Dios?» Un bello y afectuoso ejemplo del

resultado que arrojó la operación del Espíritu al liberar las almas de la corrupción del mundo, y producir en ellas los afectos más puros y la mayor renuncia por amor a los demás. El gozo de su felicidad era que ellos experimentaban el gozo divino y apreciaban el valor que tenía ante Dios, gracias al corazón espiritual que lo retenía; un corazón que, de parte del Dios de amor, era el medio que tenía de conservarlo.

¡A qué vínculos nos unen los lazos del Espíritu! Desaparece el egoísmo entre el gozo experimentado por estos afectos. Animado por ellos, el apóstol, dada la satisfacción recibida al ver la felicidad de los demás, lejos de cansarse de ejercitar el amor —pues no hacía sino sentirse alentado— desea fervorosamente ver de nuevo a los tesalonicenses, toda vez que ellos eran sustentados por el mismo sentimiento. En esta ocasión no los visitaría con el propósito de fortalecerlos, sino para sobreedificar lo que una vez estableció como fundamento y terminar de darles la enseñanza de la que todavía carecía su fe. Sin embargo, no tenía que olvidar que es, y debía ser, obrero y no maestro. Este sentimiento nos lo da Dios, y así es como el apóstol depende completamente de Él para la obra y edificación de los demás. En realidad, pasaron muchos años antes de que pudiera verlos otra vez. Permaneció mucho tiempo en Corinto, donde el Señor tenía mucho pueblo, y saliendo de allí hizo una nueva visita en Jerusalén, después en toda Asia Menor, donde antes había estado realizando su obra, y desde allí se encaminó a Éfeso, donde se quedó tres años. Luego fue cuando los vio de nuevo. Tras abandonar este lugar y enfilarse al camino a Corinto, no volvió a la ciudad hasta que se dio la orden para la restauración de sus cristianos.

«Dios —así expresa el apóstol su deseo de someterse a Su voluntad— dirija nuestro camino a vosotros...». Su deseo no cae en saco roto. Se encomienda al Padre y a la fuente de estos santos afectos, a Aquel que sostiene el lugar paterno por nosotros y ordena todas las cosas, teniendo en cuenta el bien de sus hijos con sabiduría perfecta. Por sus palabras, deducimos una idea que no contradice en absoluto lo que acabamos de decir, pues Dios es uno; en cambio, sí contiene un mensaje menos personal, por lo que añade: «... y nuestro Señor Jesucristo». Jesucristo es hijo sobre la casa de Dios, y además del gozo, la bendición y el afecto personal, había ese progreso y placidez que contribuían a la formación de la asamblea, conceptos que habían de tenerse en cuenta. No hay por qué dudar que estas dos partes del cristianismo interactúan entre sí.

Donde las operaciones del Espíritu obran de manera total y absoluta, sin obstáculos que se lo impidan, cohabitan en armonía el bienestar de una asamblea y los afectos personales. Si lo uno careciese de lo otro, Dios utilizaría este fracaso para intervenir de forma perentoria. Si en general la asamblea es débil, la fe personal se ejercita de modo especial en Dios. No existen Elías ni Eliseos en el reino de Salomón, pero por otra parte el cuidado intensivo que la asamblea recibe de quienes están divinamente ejercitados, pone de manifiesto la energía que estimula su organización espiritual, transmitiendo vida y haciendo que vuelvan a despertar los sentimientos espirituales de sus aletargados miembros. Las dos cosas son distintas, por eso el apóstol añade «nuestro Dios y Padre» y «nuestro Señor Jesucristo». Él es, como hemos dicho, hijo sobre Su casa, según He 3. Es una bendición que nuestro camino dependa del amor de un padre, del mismo Dios, movido por los tiernos afectos que este nombre expresa. Por lo que respecta al bienestar de la asamblea, depende del gobierno del Señor Jesús, que la ama con un amor perfecto y que, a pesar de ocupar tal lugar, para ella es el Dios que creó todas las cosas, el Hombre que tiene todo el poder en el cielo y la tierra, y para quien los cristianos son objeto de una incesante y cariñosa intercesión, del cuidado que les dispensa, con el fin de presentarse una asamblea gloriosa, como estipulan los consejos divinos.

Este era el primer deseo del apóstol, y esas las personas que motivaban sus anhelos. Tenía que abandonar a sus amados tesalonicenses y encomendarlos al cuidado del Señor, del cual dependían (cf Hch 20:32). Su corazón se vuelca, a este propósito, con las palabras: «Dios dirija nuestro camino a vosotros, y el Señor os haga crecer y abundar en amor unos con otros y para con todos». Su corazón sabía darles el efecto deseado, como muestra de lo que tenían que sentir por los demás. El poder de este amor motiva que el corazón se mantenga en presencia de Dios

y encuentre su gozo en la luz, que desee, de manera ferviente, que todos los santos estén allí, con los corazones llenando esa escena preparada para ellos. Dios es amor, y el ejercicio del amor en el corazón del cristiano —fruto de la presencia y la operación espiritual— es, en realidad, el resultado de vivir cerca de Dios, al tiempo que nos hace sentir próxima su presencia para guardarnos delante de él y con una comunión razonable en el corazón. El amor podrá sufrir y probar la robustez de este órgano, pero nos referimos al ejercicio espontáneo del amor hacia los objetos a quienes Dios lo presenta.

Siendo esta la forma de prosperar la naturaleza divina en nosotros, sosteniendo el corazón en la comunión con Dios, vemos que el amor es el vínculo de la perfección, el auténtico medio para la verdadera santidad. El corazón se mantiene protegido y a salvo de la carne y sus razonamientos, en la luz pura de la presencia divina, de la que el alma goza. Por esta razón, el apóstol ruega que mientras espera poder darles más luz, el Señor haga crecer en ellos el amor y afiance sus corazones, para que sean irreprochables y santos delante de Dios Padre y del Señor Jesús, junto con todos los santos. Aquí volvemos a tener los dos principios generales de los que hablaba al final del capítulo 1: Dios en la perfección de su naturaleza, y el Señor Jesús en el círculo íntimo de su comunión con nosotros; como Padre, y como Señor, respectivamente. Permanecemos delante de él, y Jesús viene con sus santos, a los que ha conducido a la perfección. Ellos están en su compañía, de este modo son conocidos ante Dios en su relación paterna. Todo apunta a esta esperanza, a una expectativa del todo real, firme y subsistente. Si se convirtieron, lo hicieron para servir a Dios y esperar a su Hijo del cielo. Todo está relacionado con ese increíble momento en que él volverá. La santidad podría demostrar todo lo que decía ser cuando estuvieran delante de Dios, y los santos con su Cabeza. Al manifestarse con él en la gloria, como esperaban, disfrutarían plenamente del fruto de su labor y de la recompensa del amor en el gozo de cuantos ellos habían amado.

La escena que iba a ser la consumación de toda la obra se presenta aquí con unas connotaciones morales. Estamos ante la presencia divina, donde la santidad se manifiesta en su auténtico carácter y gozamos una comunión perfecta con Dios en la luz, en un lugar donde se revela la relación de la santidad con la manifestación divina y su sustancia, hasta el punto en que tiene que ver con una naturaleza evolutiva que por gracia nos lleva a una comunión con él.

Dice el apóstol: «sin tacha y en santidad delante de Dios». Él es luz. Qué alegría inmensa y poder se hallan, por la gracia, en este pensamiento sobre el momento actual, para que podamos guardarnos en esta manifestación delante de él. Pero solo el amor que se conoce y proviene de Dios puede lograrlo.

No olvidemos «nuestro Padre». Es una relación real y familiar la que tiene este carácter tan peculiar, una relación amorosa. No puede adquirirse sin más, ni la santidad constituye el medio de conseguirla, sino que consiste en el carácter de nuestra comunión con Dios gracias a haber recibido la naturaleza filial. También es una revelación amorosa de la perfección de esta naturaleza en él. El amor nos la ha dado y nos ha llevado a dicha relación de hijos. La santidad práctica resulta de que se ejercite en la comunión con Dios, y del compañerismo que tengamos con él, según el amor que nos ha revelado.

El corazón no está solo. Tiene el compañerismo de Jesús en medio de este gozo y perfección. Él vendrá, estará presente, no solo como Cabeza, sino que los santos estarán con él en aquel instante. Será entonces cuando se cumplirán los caminos de Dios respecto a quienes él había dado a Jesús. Le veremos en su gloria, que ha asumido para venir a buscarnos. Veremos a todos los santos en los que va a ser admirado, y él los tendrá en la perfección que anhela el corazón.

El amor eleva la mirada y supera los obstáculos, las persecuciones, los temores que el enemigo intenta causar. Ocupados con Dios y felices con él, no sentimos el peso de la aflicción. La fuerza divina está en el corazón, y nuestro camino es afín a la felicidad eterna que poseeremos con Dios, como liviano y pasajero resulta el peso de la lucha. Sufrimos por causa de Cristo, pero se trata del gozo que tenemos con él, de la intimidad de nuestra comunión, si sabemos cómo

valorarla, y todo envuelto por la gloria y la salvación que se encuentran al final, al regreso del Señor con todos sus santos.

Al leer este pasaje, no podemos por menos que observar el animado modo en el que se relaciona la venida del Señor con la vida del día a día, de manera que la luz perfecta de aquel instante incide en la senda efímera de este momento. Mediante el ejercicio del amor, ellos tenían que ser establecidos, a la venida de Cristo, en la santidad en presencia de Dios. Día tras día esperaban la consumación de este acto, que ellos consideraban la conclusión de la vida en la tierra. Esto llevaba el alma directamente a Su presencia. Y como también se ha observado, aunque solo en parte, vivían en una familiar relación con Dios que transformaba esta confianza en real. Él era su padre, pero también es el nuestro. La relación que los santos tenían con Jesús era conocida en pie de igualdad. Los santos eran «sus santos», y todos tenían que volver con él. Estaban asociados con su gloria. No hay nada en esta expresión que induzca al error. El Señor, que tiene que regresar con todos ellos, no deja que pensemos en otro suceso que no sea el de su venida gloriosa, momento cuando será glorificado en los santos y ellos se habrán reunido con él por la eternidad. Será el día en que se manifestarán como él lo hará.

Capítulo 4

El apóstol vuelve a hablar de los peligros que acechan a los tesalonicenses a causa de sus pasadas costumbres. Había todavía personas que eran un auténtico peligro y negaban, de manera abierta, el gozo celestial y santo del que les hablaba. Les había mostrado cómo tenían que caminar para agradar a Dios, de la forma como él mismo había caminado con ellos. Los exhortaba a adquirir una conducta similar y a asumir toda la responsabilidad que conllevaba el camino apostólico, porque deseaba que crecieran en amor por el afecto que les tenía. Esto es lo que da autoridad a la exhortación y a las palabras de un siervo del Señor.

El apóstol pasa a hablar, de un modo especial, del asunto de la pureza, pues la moral de los paganos era tan corrupta que no consideraban la impureza un pecado. Parece extraño que haya tenido que ser necesario exhortarlos así, de esta guisa, sabiendo la diligencia que ponían en todo, pero no tomamos suficientemente en cuenta la influencia que las costumbres ejercen en las personas, las cuales forjan su carácter y manera de pensar. Tenemos en acción dos naturalezas distintas bajo este influjo, y aunque pensaban en cultivar solo una de ellas, lo que conseguían era eliminar la otra. Los motivos presentados aquí arrojan luz sobre la base nueva en la que nos sitúa el cristianismo, en lo relativo a la moral común. El cuerpo era un receptáculo que podía utilizarse cuando uno quisiera para el servicio escogido. Tenían que ser dueños del cuerpo y dominarlo sin dejarse llevar por los deseos carnales, ya que ellos conocían a Dios. No tenían que engañar en nada a sus hermanos, de lo contrario el Señor se vengaría. Dios nos ha llamado a la santidad, y a él tenemos que rendir cuentas. Si alguien despreciaba a su hermano aprovechándose de su debilidad mental, y usurpaba sus derechos, a quien despreciaba realmente era a Dios, no al hombre, y Él iba a tenerlo en cuenta. Se nos ha dado el Espíritu, y si actuáramos así despreciaríamos tanto al que mora en nosotros como al que vive en los demás. Quien era agraviado no solo era el marido de una esposa, que también poseía la morada espiritual y a la que debía respeto. He aquí el terreno en que el cristianismo ha puesto al hombre en relación con nuestros mejores afectos.

En lo concerniente al amor fraternal, el motor principal de su vida, no era preciso recordarles nada. Dios los enseñaba y ellos daban ejemplo a todos. Había que dejarles que continuaran abundando en él más y más, caminando confiadamente y trabajando con sus manos para no ser deudores de nadie, glorificando al Señor.

Tales eran las exhortaciones que daba el apóstol. Lo que viene a continuación es una revelación totalmente nueva que los consolaría y los haría ganar valentía.

Hemos visto que los tesalonicenses estaban esperando al Señor. Su espera formaba parte de una esperanza inmediata, y era tenaz en la cotidianidad. Consistía en que él iba a regresar de

un momento a otro para llevárselos. Se habían convertido para esperarle del cielo. Pero por lo visto, debido quizá a la falta de enseñanza, pensaban que los santos que llevaban poco tiempo muertos no los acompañarían en el arrebatamiento. El apóstol aclara esta cuestión y les explica la diferencia que había entre la venida de Cristo para tomar a los suyos, y el momento de Su manifestación, que sería un día de juicio para el mundo. No debía preocuparles que la suerte de quienes habían muerto creyendo fuera la misma que causaba turbación a los desprovistos de esperanza. La razón que expone para demostrárselo es una prueba de la estricta armonía en la vida espiritual del apóstol con la expectación del regreso personal de Cristo, que los introduciría en la gloria celestial. Cuando los consuela acerca de los hermanos fallecidos, no hace ninguna mención a su reunión con los sobrevivientes. Deja que sigan pensando que debían continuar esperando al Señor toda su vida y ser transformados a su imagen gloriosa (cf 2Co 5 y 1Co 15). Era preciso darles una revelación especial que les hiciera entender que, los que habían muerto antes, tendrían la misma suerte que ellos en este suceso, nada menos que ser asemejados a Cristo, quien murió y resucitó. Esto sería exactamente lo que pasaría. Cuando él regresara en gloria, traería a los que se marcharon antes, de la misma manera que lo haría con los que estuvieran vivos en el momento de la llamada.

El apóstol prosigue con las explicaciones detalladas sobre la venida del Señor con una revelación apremiante, que sacaba a la luz el hecho de que ellos iban a estar con él, acompañándole en Su manifestación. Los vivos no se irán antes de los que duermen en Jesús. El Señor vendrá encabezando su ejército celestial, separados durante un tiempo, para reunir a los otros con él. Se pronunciará la palabra que el ángel hará circular, y sonará la trompeta de Dios. Los muertos en Cristo resucitarán primero, antes de que lo hagan los vivos. Luego, los que hayamos quedado subiremos con ellos a las nubes, para ir al encuentro del Señor en el aire y estar eternamente con él. Ya sea que nos transformemos o resucitemos de los muertos, iremos hacia las nubes, al mismo lugar donde el Señor ascendió.

Los pasajes que dan detalles de nuestra ascensión para ir hasta el Señor no mencionan, por otro lado, nada de su descenso a la tierra. Este pasaje solo trata de nuestra marcha para estar con él. Tampoco el apóstol ofrece más información de la que ya ha dado de nuestro común encuentro. No se dice nada del juicio ni de la manifestación, sino solo del hecho de que nuestra reunión celestial con el Señor ocurrirá del mismo modo que él dejó esta tierra, pero con una diferencia: que él ascendió por derecho propio; en cuanto a nosotros, su voz llamará a los muertos y saldrán de las tumbas, y los vivos, transformados, subirán con ellos. Es un acto solemne de poder que marca la vida de los cristianos y la obra divina, puesto que serán introducidos en la gloria como compañeros de Cristo. ¡Qué privilegio más glorioso y gracia abundante! Olvidarlo mina el carácter de nuestra esperanza y gozo.

Siguen otras consecuencias de Su manifestación, pero aquí hablamos de la porción que tenemos, de nuestra esperanza. Dejaremos la tierra como él hizo y estaremos acompañándole siempre. Con estas palabras debemos consolarnos unos a otros cuando mueren (duermen en Jesús) los creyentes. Ellos volverán con él cuando se manifieste, y respecto a cómo sea la parte que tendrán en todo esto, se marcharán como él, resucitando de los muertos o transformados, para estar eternamente con el Señor.

El resto de las explicaciones hace referencia al gobierno terrenal de Dios como otro de los temas importantes. Su gloria, en la que también tenemos parte —aunque no sea nuestra porción especial—, consolida la realidad de nuestra unión y semejanza con él, y, llegado el momento, saldremos de este mundo de la manera que él lo abandonó después de que le rechazaran, pues en realidad también nos rechazan a nosotros, a pesar de que luego vayan a recibir un juicio.

Repito, olvidar esto es sufrir la pérdida de nuestra porción esencial. Todo está implícito en las palabras «estaremos siempre con el Señor». El apóstol da por finalizada su explicación de cómo va a llevarse todo a cabo. Démonos cuenta de que los vv 15 a 18 son aquí un paréntesis, de que el capítulo 5, versículo 1, procede en realidad del v 14 del cap. 4. El quinto capítulo solo muestra lo que el Señor va a hacer cuando traiga a los santos con él, según el pasaje 4:14.

En este importante apartado tenemos la vida del cristiano, que transcurre esperando al Señor y tiene una conexión con su rutina. La muerte es solo un elemento auxiliar de lo que va a suceder, y no le quita al cristiano su porción cuando el Maestro vuelva. La esperanza cristiana es totalmente ajena a todo lo que pasa a continuación de la manifestación de Cristo y al gobierno del mundo.

El Señor, en vez de mandar una delegación, viene en persona a recibirnos. Con toda la autoridad sobre la muerte, que él ha conquistado, y con la trompeta de Dios, llama a los suyos de sus tumbas, y ellos, con los vivos ya transformados, suben a encontrarse con él. Nuestra partida del mundo, al que no pertenecemos, es exactamente igual que la suya: ascenderemos y lo abandonaremos para entrar en el cielo. Una vez allí, habremos conseguido nuestra porción. Seremos como Cristo y estaremos eternamente en su compañía, y él traerá a los suyos cuando se manifieste. Este es el verdadero consuelo del cristiano a la hora de morir, lo que no quita la espera diaria del Señor. Al contrario, considerar todo este asunto del modo en que se ha explicado es lo que le da solera. El santo que moría no perdía sus derechos con la muerte, sino que iba a ser el primer objeto de la atención del Señor cuando Él volviera para reunir a los suyos. No obstante, el lugar del que partirán para encontrarse con él es la tierra. Los muertos resucitarán primero y se prepararán para ir con los demás a recibirle en el cielo. Es muy importante tener en cuenta este punto de vista y comprender su significado, ya que cuando llegue este momento se cumplirán todas nuestras esperanzas.

Capítulo 5

La nueva venida del Señor a este mundo asume, como periodo glorioso, un carácter totalmente distinto al vago objeto de esperanza del creyente. En este capítulo, el apóstol habla de ello para diferenciar la posición que tenemos como cristianos de la actitud indolente de los habitantes de la tierra. El cristiano, vivo e instruido por el Señor, siempre espera al Maestro. Están los tiempos y las sazones, no es necesario recordarlo, pero el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche, aunque, como bien sabe el cristiano, esto no se aplica a él, dado que pertenece al día y tiene parte en la gloria que se manifestará con el juicio que caerá sobre un mundo incrédulo. Los creyentes son hijos de luz, y esta luz que juzga a los que no creen comunica la gloria de Dios, una gloria que no tolera el mal, que, cuando se manifieste, borraré de la tierra. El cristiano pertenece al día que juzgará y destruirá a los malvados, la maldad en sí, hasta que desaparezcan de la faz de la tierra. Cristo es el Sol de justicia, y los fieles resplandecerán como este sol en el reino del Padre.

El mundo promete paz y seguridad, pero con esta seguridad cree en la perpetuación de la prosperidad y el buen éxito de sus empresas. Será entonces cuando aquel día caerá sobre él. El Señor lo afirma más de una vez (Mt 14:36; Mr 13:33-36; Lc 12:40; 17:26; 21:35).

No deja de ser impresionante que la iglesia oficial, de la que se dice que tiene vida pero está en realidad muerta, pese a no estar manchada por el carácter corrupto de Tiatira será juzgada con la misma severidad que el mundo si no se arrepiente. Quizá nos asombre ver al Señor referirse a esos tiempos con palabras como que el corazón de los hombres desfallecerá por causa del temor, preocupados por las cosas que ocurrirán (Lc 21:26). Sin embargo, la inseguridad y el miedo ya existen. El éxito y la prosperidad, así como la fe en un cambio en la condición humana, son el lenguaje utilizado por los que se burlan de la venida del Señor, y la preocupación por el futuro, que subyace a todo, pesa de forma inevitable en su conciencia. Personalmente, no creo que este momento que dice aquí el Señor haya llegado. Con todo, la sombra de los acontecimientos futuros atenaza los corazones. ¡Bienaventurados aquellos que son de otro mundo!

El apóstol aplica esta distinción de pertenecer al día y no dejarse sorprender como ladrón. Corresponde al carácter del camino del cristiano. Como hijo de luz, tiene que andar como tal, y aunque viva en el día todo lo que le rodea es propio de la noche. Uno no duerme de día, sino

antes de la madrugada. Los ebrios permanecen durante su estado perpetrando las obras de las tinieblas. Como hijo del día, el cristiano debe ser sobrio y velar, ponerse la ropa de la perfección inherente a la posición que ocupa, de la fe, del amor y la esperanza, unos principios que le darán valor y confianza para seguir adelante. Cuenta con la coraza de esta fe, y el amor, por eso prosigue el camino pese al enemigo. Posee la esperanza de esta salvación gloriosa que le reportará una completa liberación, al igual que su yelmo, de manera que alza la cabeza sin temor a los peligros. El apóstol nos recuerda estos tres principios de 1Co 13 para destacar los rasgos de coraje y sobriedad del cristiano, como hizo al mostrarnos que eran la principal motivación de su camino.

Naturalmente, la fe y el amor nos establecen en una relación con Dios y nos esclarecen la revelación que ha dado en Jesús, como principio de la comunión. Así es como caminamos confiando en él, pues su presencia nos transmite fuerza. Por fe entendemos que Jesús es el glorioso objeto ante la mirada, que por amor habita en nosotros y nos hace comprender quién es. La esperanza dirige los ojos a Cristo, que vendrá para introducirnos en los placeres de la gloria.

Por esta razón, el apóstol pronuncia las siguientes palabras: «*Dios* no nos ha predestinado a la ira (entendemos el amor por fe, lo que propone Su mente), sino para alcanzar salvación». Esto es lo que esperamos, y Pablo habla de la salvación como una liberación definitiva «por medio de nuestro Señor Jesucristo». Como es de esperar, añade también: «... que murió por nosotros para que, vivos o durmiendo (hayamos muerto o no antes de su venida), vivamos con él». La muerte no nos impedirá lograr esta liberación y alcanzar la gloria, puesto que Jesús murió. Su muerte se ha convertido en el medio de poder obtenerlas, y si morimos, viviremos no obstante con él. Murió en nuestro lugar para que, sucediera todo lo que hubiese de suceder, estuviéramos acompañándole. Todo lo que pudiera interponerse en el camino se ha quitado y carece ya de fundamento; más aún, ha llegado a ser garantía de nuestro imperturbable deleite en la vida plena de Cristo en la gloria, de modo que podemos consolarnos y alentarnos con estas gloriosas verdades, que cubren nuestro vacío y necesidad. Este es el fin de la revelación especial con respecto a los que duermen antes de la venida de Jesús, que empieza en el capítulo 4, versículo 13.

Me gustaría que el lector prestara atención a la manera en que el apóstol habla de la venida del Señor en los distintos pasajes de la epístola. Veréis que el Espíritu no presenta la iglesia como cuerpo. La vida es el asunto del que trata, la vida de cada cristiano, y precisamente por eso es una cuestión de la máxima importancia.

La expectativa del regreso del Señor se presenta generalmente como una de las características de los cristianos, que se convirtieron para servir al Dios vivo y verdadero y esperar del cielo al Hijo. Aquí tenemos la presentación del objeto en sí: la persona del Señor. Él vendrá y satisfará todo deseo del corazón. No tiene nada que ver con su reino ni el juicio, ni siquiera con el reposo, sino con el Jesús resucitado de entre los muertos, quien nos ha librado de la cólera futura, tan cierta como que él vendrá. Así, todos los creyentes esperan al hijo de Dios, que vendrá del cielo.

En el capítulo 2 hablábamos de la asociación con los santos, del gozo que habrá en ellos a la venida de Cristo. El capítulo 3 trata de la responsabilidad frente a la libertad y el gozo, también como posición que hay que mantener ante Dios, en relación con el camino del cristiano y su vida. La manifestación del Señor calibra y pone a prueba su santidad. El testimonio ofrecido sobre esta vida, al cederle su lugar natural, cobra sentido cuando Cristo se manifiesta con todos los santos. Aquí no dice nada de su venida por nosotros, sino con nosotros. La diferencia entre estos dos sucesos ha existido siempre. Para los cristianos y la iglesia, todo lo que concierne a la responsabilidad conlleva siempre la manifestación del gozo cuando el Señor viene a llevarnos.

Hemos considerado, hasta aquí, la esperanza de la venida personal del Señor, del Hijo proveniente del cielo, del valor de la santidad, del amor que, mostrado en los demás, se complace en su regreso. En el capítulo anterior no teníamos la vida explicada en relación con el hecho de irnos a su presencia, sino nuestra victoria sobre la muerte, que no representa ya

ninguna barrera; y, al mismo tiempo, la consolidación y posesión de la esperanza en nuestra común partida, similar a la de Jesús, para estar eternamente con él.

Las exhortaciones ponen fin a la epístola y son breves. La acción poderosa de la vida divina en estos amados discípulos suponía poco más de lo necesario. La exhortación, sin embargo, es siempre algo bueno. No había nada malo que se les pudiera achacar. ¡Feliz condición! Quizá no estuvieran lo bastante instruidos como para oír una exposición prolija de la doctrina —el apóstol esperaba verlos con este propósito—, pero sí tenían suficiente vida y una relación personal con Dios, real y auténtica, como para ser edificados en este terreno. Al que más tiene, más se le exigirá. El apóstol podía alegrarse con ellos y afianzar la esperanza que tenían, añadiendo pequeños detalles como revelaciones de Dios. La asamblea sale beneficiada en todas las épocas.

En Filipenses vimos la vida espiritual, que soslaya las circunstancias como fruto de haber experimentado mucho tiempo la bondad y fidelidad de Dios. El apóstol mostró estar extraordinariamente fortalecido, cuando no llegó la ayuda de los santos en los momentos en que se hallaba en problemas y con riesgo de su vida, tras cuatro años pasados en prisión por culpa de un tirano sin entrañas. Es entonces cuando decide resolver su caso por el interés de la asamblea, diciendo que tenemos que regocijarnos siempre en el Señor, que Cristo lo es todo para él, y que su vida, como morir, era ganancia. En estos momentos, puede hacerlo todo por Aquel que le da fuerzas. Es lo que había aprendido. Tesalonicenses nos presenta una fuente vigorosa cercana a su origen, la energía del primer manantial de vida en el alma del creyente, con la pureza y dulzor de sus primeros brotes bajo la acción del sol, que proporciona calor y vida a la savia, las primeras manifestaciones de lo que no había sufrido ningún deterioro por el contacto con el mundo o los prejuicios sobre el mundo invisible.

El apóstol deseaba que los discípulos reconocieran a quienes trabajaban entre ellos y los guiaban para amonestarlos con la gracia, que los tuvieran en gran estima por causa de su obra. La operación de Dios ejerce siempre atracción sobre un alma ablandada por el Espíritu, captando su atención y granjeándose su respeto. Sobre este fundamento hace su exhortación el apóstol. No se está cuestionando el oficio (si es que lo había), sino la obra que seducía el corazón y no lo soltaba. Así pues, debían admitirlos y reconocer espiritualmente que era una operación de Dios: el amor, la devoción, la respuesta que se daba a las necesidades de las almas, así como la paciencia mostrada en el trato que se les dispensaba. Resultaba aceptable para el corazón del creyente, y todo se transformaba en una bendición por los cuidados que Dios concedía a sus hijos. Él operaba con el obrero y en los corazones de los fieles. Bendito sea por este perdurable principio.

El Espíritu era quien producía esta paz entre ellos. Un gesto de gracia de mucho valor. Si el amor sabía apreciar la obra divina en el obrero, sabría tener en mayor estima al hermano en la presencia de Dios, y así la voluntad dejaría de actuar. Esta renuncia a ejercerla, y el sentido práctico de la operación y presencia divinas, otorgan poder para gobernar a los rebeldes y consolar a los temerosos, apoyar a los débiles y mostrarse paciente para con todo el mundo. El apóstol exhorta a que lo hagan. La comunión con Dios es poder, y su palabra la guía para ponerla por obra. En modo alguno debían devolver mal por mal, sino seguir practicando con todos lo que para ellos era bueno. Toda esta conducta dependía de la comunión, de la presencia de Dios en el alma, lo que nos hace superiores al mal. Esto es lo que podemos ser si caminamos con él.

Tales eran las exhortaciones del apóstol para orientarlos en su camino al lado de los demás. En lo que respecta a su estado personal, debía caracterizarlos el ejercicio de la oración, del gozo y de las acciones de gracias. Respecto a las acciones públicas del Espíritu en medio de ellos, las advertencias que les da a estos sencillos y felices cristianos son también concisas. No debían impedir la acción espiritual —esto es lo que significa apagar el Espíritu—, ni tampoco tener en poco lo que quisiera comunicarles, aunque fuera por boca del más humilde. Como eran espirituales, sabían juzgar todas las cosas. Por consiguiente, debían pensárselo dos veces antes de recibir a alguien que se presentara a ellos con sus propias referencias, examinar todas las cosas. Nunca se acaba de conocer la verdad de todo cuanto hemos aprendido de Dios. En cuanto al mal, tenían que abstenerse de cometerlo bajo todas sus formas. He aquí las breves

exhortaciones que alegraban el corazón de estos cristianos. Y en verdad que es un bello cuadro de la senda cristiana, representado aquí con la fidelidad de las comunicaciones apostólicas.

Concluye la epístola encomendándolos al Dios de paz, para que fueran guardados irreprehensibles hasta la venida del Señor Jesús. Con una carta como esta, el corazón se encontraba dispuesto a buscar con diligencia al Dios de paz. Gozamos de la paz en su presencia, no únicamente de conciencia, sino de corazón.

Antes vimos la actividad del amor en el corazón, a Dios obrando en nosotros, a quienes él considera que tienen parte también en la naturaleza divina, como origen de esa santidad que se manifestará a la venida de Jesús con todos sus santos. Aquí tenemos al Dios de paz, hacia quien el apóstol vuelve la mirada para completar esta obra. Existía la actividad de un principio divino en nosotros relacionada con la presencia de Dios y nuestra comunión con él. Esta vez se trata, más bien, del perfecto descanso que el corazón siente con la santidad aposentada en su interior. La ausencia de paz proviene de la actividad de las pasiones y de la voluntad, acrecentadas por el sentimiento de impotencia a la hora de proporcionarles satisfacción.

En Dios todo es paz. Puede mostrarse activo en el amor, y glorificarse creando lo que él quiere. También puede actuar en juicio para expulsar el mal que se presenta ante sus ojos. Sin embargo, sigue siendo el mismo, y en los tratos con el bien y el mal sabe cómo empieza y acaba todo, por lo que se mantiene imperturbable. Cuando concede plenitud al corazón, nos transmite este descanso, dado que no podemos alcanzarlo por nuestros medios, ni la tranquilidad, ejercitando nuestras pasiones, ya sea con un objetivo a la vista o no. Tampoco podemos lograrla con la energía destructiva de la voluntad, que todo lo hace trizas. Nuestro descanso está en Dios; no proviene de la fatiga, sino del corazón, que posee junto con todo lo que puede desear el solaz que sacia los deseos insatisfechos, y también un objeto con el que la conciencia no recrimina a nadie, segura de que el corazón goza del Bien Supremo y de la única y soberana autoridad ante la que debe responder la voluntad.

Nunca es llamado el Dios de los gozos, pero desde luego es quien nos suministra el auténtico gozo, y deberíamos alegrarnos por ello. Sin embargo, el gozo conlleva algo sorprendente e inesperado, excepcional, como consecuencia de, al menos, haber sido sopesado con el mal. La paz que poseemos y nos satisface, carece de un elemento de esta índole que pueda estorbarla con su hostilidad. Es algo más profundo que el gozo: el regocijo que siente en esta paz una naturaleza que le responda, con la que pueda prosperar sin necesidad de tener que causarle satisfacción a un corazón que no posee lo que desea o podría anhelar.

Como hemos dicho, Dios descansa, por tanto, en sí mismo. Él nos da esta paz completa; es para nosotros. Una vez perfeccionada la conciencia a través de la obra de Cristo, que hizo la paz y nos reconcilió con Dios, la nueva naturaleza y, en consecuencia, el corazón, hallan su perfecta satisfacción en él, y la voluntad es silenciada. No desea nada más.

No solo satisface Dios nuestros deseos, sino que como la fuente que es produce vivos anhelos en el hombre nuevo con la revelación de Sí mismo¹³. Es tanto el origen de la naturaleza como objeto infinito, todo ello en amor. Su porción es serlo. Se trata de lo que trasciende a la creación: la reconciliación, porque en ella está más desarrollado el amor de Dios y conocemos, en esencia, qué es Él en Cristo.

En la creación se glorifica en los ángeles, que nos superan en fuerza. Pero en los cristianos se glorifica en la reconciliación para hacerlos primicias de Su nueva creación, una vez ha reconciliado todas las cosas en el cielo y en la tierra por medio de Cristo. Está escrito: «bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios». Son quienes tienen Su naturaleza y carácter.

Tenemos estas relaciones con él, o mejor dicho, tenemos a Dios relacionándose con nosotros en su paz y comunión. Hace madurar la santificación, nuestra conformidad al afecto y la inteligencia y, por tanto, nuestra conducta hacia él y respecto a su voluntad: «el Dios de paz

¹³ Lo contrario al hastío que sentimos. Quien es el objeto infinito del gozo también es su fuente inagotable, el poder que nos capacita para gozar como criaturas.

os santifique completamente». Ojalá no haya nada que impida la cesión de nuestros miembros a la acción benigna de la paz que gozamos en la comunión con Dios. Que ningún poder o fuerza nos posean y no sean de él, para gobernarnos en todo.

Por medio de su obra, nos ha introducido de manera perfecta en este lugar de dicha en Cristo. No hay nada entre nosotros y Dios salvo el ejercicio de su amor, el placer de nuestra felicidad, y la adoración del corazón. Somos la prueba ante él, el testimonio y producto de que lo que ha hecho lo tiene en alta estima y consideración, lo que le ha glorificado a la perfección, y en lo cual halla placer, la gloria de Aquel que lo ha hecho todo: Cristo y su obra. Somos el fruto de la redención cristiana cumplida, y los objetos de la satisfacción que Dios siente cuando ejercita su amor. En su gracia, él es para nosotros el Dios de paz, pues en ella la justicia divina encuentra satisfacción, y el amor, su pleno regocijo. El apóstol ruega en estos momentos que dicho carácter obre en nosotros para que todo responda a la revelación que Él ha hecho, y pasa a ofrecernos una tricotomía humana: cuerpo, alma y espíritu. Desde luego, el objetivo no es metafísico, sino manifestar al hombre con todas las partes de su ser, el vaso desde el que expresar los afectos naturales del alma y las operaciones supremas de la mente, que lo hacen superior a los animales y le permiten mantener una relación inteligente con Dios.

Que él sea, en todos, el motor, la fuente y la guía.

En general, los términos «alma» y «espíritu» se emplean sin demasiada diferencia entre sí. El alma fue formada de manera muy distinta a la de los animales cuando Dios insufló el aliento de vida (espíritu) en los orificios nasales del hombre, que se convirtió en un alma viviente. Baste decir que el alma es su expresión, y lo demás se da por entendido. Si decimos que es el espíritu, en este aspecto es la personalidad elevada del alma. Los animales también tienen sus afectos naturales, un alma viviente que les confiere determinados rasgos que les permiten conocer a las personas y entregarse con cariño a sus dueños, hasta el punto de dar la vida por ellos. Pero carecen de aquello que puede llevarlos a tener una relación con Dios o situarlos en una posición de enemistad con él; carecen, pues, de aquello que los haría ocuparse de cosas ajenas a su naturaleza, como si fueran otros los amos.

El Espíritu quiere que el hombre, una vez reconciliado, consagre cada parte de su ser al Dios que le ha llevado a esta relación con él por medio de la revelación de su amor y la obra de la gracia, que nada humano permita la entrada de un objeto inferior a la naturaleza divina de la que ya participa. De esta manera, podrá guardarse sin mancha hasta la venida de Cristo. Observemos que bajo ningún concepto debemos llevar a cabo fielmente nuestro deber, en todas las relaciones en que nos ha puesto, como si fueran indignas de la nueva naturaleza, todo lo contrario. El requisito es introducir a Dios en estas obligaciones, así como la autoridad y la inteligencia que esto comporta. Por este motivo, se dice a los maridos que vivan con sus esposas sabiamente y con inteligencia, no solo poniendo por obra los afectos humanos y naturales — que, tal como está todo, son incapaces por sí mismos de manifestar—, sino encomendándose a Él y siendo conscientes de cuál es Su voluntad. Puede suceder que Dios, siempre que tenga que ver con su extraordinaria obra de la gracia, nos llame a consagrar nuestras vidas totalmente a esta labor, pero si no, también la voluntad divina vale para las relaciones en que nos coloca, para ejercitar en ellas la obediencia y una inteligencia que se nos ha concedido. Por último, Dios nos ha llamado a esta vida de santidad con él, puesto que es fiel y lo lleva todo a un cumplimiento. Ojalá nos capacite para serle también fieles y conocerle mejor.

Haremos otra observación sobre la manera cómo se nos presenta la venida de Cristo, y la expectación que despierta, como parte integral de la vida cristiana: «... irreprochables a la venida de nuestro Señor Jesucristo». La vida desarrollada en la obediencia y en la santidad encuentra al Señor a su venida. La cuestión aquí no es la muerte, sino la vida, que después de haberla encontrado debe mantener su dignidad para cuando el Señor vuelva. En cada parte de su ser, el hombre, impulsado por esta vida, es hallado irreprochable cuando viene Jesús. La muerte fue vencida —no destruida aún—, y nuestra otra vida es totalmente nueva. El hombre que vive de ella obtiene su reconocimiento, junto con la Cabeza y su origen, en la gloria. Será entonces cuando desaparecerá la debilidad fruto de la condición humana; lo mortal será engullido por la

vida. Nosotros somos de Cristo, y él es nuestra vida. Le estamos esperando para ir a su encuentro y lo perfecciona todo en la gloria.

Examinemos un poco lo que este pasaje nos enseña sobre la santificación. Se relaciona directamente con la naturaleza, pero vinculada a un objeto, y para que llegue a realizarse depende de la operación de otro, es decir, de Dios mismo, basándose, a la vez, en una obra perfecta de reconciliación con él ya cumplida. Dado que se basa en una reconciliación consumada, en la que tenemos nuestra entrada tras recibir una naturaleza nueva, las Escrituras consideran a los cristianos perfectamente santificados en Cristo. Es algo que se lleva a cabo en la práctica gracias a la operación del Espíritu Santo, que al comunicarnos esta naturaleza nos separa totalmente del mundo como recién convertidos. Es importante mantener esta verdad y que nuestra postura sea firme y no genere dudas, de lo contrario la santificación práctica pronto se convierte en algo extraño a la naturaleza nueva que ha recibido, pudiendo llegar a producir una tendencia a mejorar al hombre natural y dar lugar a los legalismos, a un regreso, después de reconciliados, a la duda y la incertidumbre, y que pese a estar justificado, al hombre no se le considere apto para el cielo, sino que su entrada en él dependa de cómo progrese... que la justificación no le ofrezca, al fin y al cabo, la paz con Dios. La Escritura dice: «dando gracias al Padre, quien nos ha hecho aptos para la herencia de los santos en luz». Progreso sí existe, pero según las escrituras no tiene que ver con la aptitud: el ladrón fue juzgado apto para el Paraíso. Tales opiniones acaban por debilitar, por no decir destruir, la obra de la redención que nuestros corazones deben saber valorar por la fe.

Somos santificados —así suelen expresarlo las escrituras— por Dios Padre, por la sangre y la ofrenda de Cristo, y por el Espíritu. Somos puestos aparte para Dios de manera personal y por la eternidad. Según este punto de vista, la justificación se da a conocer en la Palabra como resultado de la santificación, a la que somos introducidos a través de aquella. Tomados como pecadores del mundo, el Espíritu nos aparta de él para gozar de la eficacia de la obra cristiana, según los consejos paternos; separados por la comunicación de una vida nueva, sin duda, pero llevados por estos consejos a disfrutar de todo lo que Cristo ha logrado por nosotros. Repito que es muy importante retener esta verdad, por causa tanto de la gloria de Dios como de nuestra paz. En esta epístola, el Espíritu divino no habla al respecto desde este punto de vista, si no es para hacernos entender la evolución de esta vida de separación del mundo y del mal, de la vida de progreso del hombre interior, que consigue con su condición de santificado convertir el alma en una inteligencia verdadera, expresada en una comunión con Dios, según esta naturaleza y revelación.

En este sentido, tenemos un principio vital que opera en nosotros, lo que llamamos un estado subjetivo. Pero es imposible deslindar esta operación de su objeto —el hombre jugaría a ser Dios si así fuera—, ni aislarla de una obra divina que continúa formándose y nos mantiene en comunión con ese objeto que es Dios. Así, este principio opera a través de la verdad y de la Palabra, ya sea desde el comienzo, comunicándonos vida, o con todo detalle a lo largo del camino: «santifícalos por tu palabra; tu palabra es verdad».

Como sabemos, el hombre se ha degenerado. Ha caído presa de la parte codiciosa de su ser. ¿Cómo ha sucedido? Con el alejamiento de Dios, quien no santifica al hombre sin antes darle el conocimiento de sí mismo, ni le aparta de su comunión. Le ha concedido tenerla y se la ha dado a su naturaleza, que no puede existir fuera de dicha comunión, junto a un objeto: Él mismo. Dios no quiere que el hombre sea lo independiente que le gustaría. El hombre nuevo es una criatura dependiente, la perfección de Jesucristo, que él ejemplificó con Su vida. Depende de Sus afectos y así lo desea, pues halla placer en ellos y no es feliz de otra manera. Depende también del amor, y también muestra la obediencia que un ser dependiente debe ejercer.

Los que son santificados poseen una naturaleza santa en deseos e inclinaciones. Se trata de la naturaleza divina que existe en ellos, de la vida cristiana. Aun así, no dejan de ser humanos. Tienen a Dios revelado en Cristo como objeto. La santificación sigue su desarrollo en la comunión con Dios, ejercitando los afectos que aluden a Cristo y esperan en él. Sin embargo, la nueva naturaleza no puede revelar un objeto por sí misma, ni mucho menos alcanzarlo dejando a Dios

de lado. Este objeto depende de Él para la revelación de Sí mismo. Su amor se derrama en nuestro corazón por medio del Espíritu que nos ha dado, y este Espíritu toma las cosas de Cristo y nos las hace saber. Así crecemos en el conocimiento divino y somos afianzados por la acción espiritual en el hombre interior, a fin de llegar a «comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento». Así, «con rostro descubierto contemplamos la gloria del Señor y somos transformados a la misma imagen, de gloria en gloria, por el Espíritu del Señor»; «... por ellos me santifico a mí mismo para que ellos puedan ser santificados por la verdad».

Vemos en estos pasajes —incluso multiplicado— que dependemos de un objeto y del poder de alguien más. El amor se nos muestra activo según esta necesidad.

Nuestra separación para Dios, completa gracias a una naturaleza que viene puramente de él, se lleva a cabo bajo su absoluta responsabilidad —no somos nuestros, fuimos comprados con precio y santificados por la sangre cristiana, según Dios quiso tenernos—, lo que nos sitúa en una relación que, al formarse, adquiere su santificación práctica debido al aumento del conocimiento divino, el objeto de nuestra naturaleza. Dicha santificación se efectúa por el poder del Espíritu Santo, que nos atestigua el amor de Dios y hace que nuestro corazón se someta a él, para mostrarse cada vez más, al tiempo que nos revela la gloria de Cristo y todas las cualidades manifestadas en su naturaleza humana, de manera que pudiéramos volver a nacer.

Como hemos ido viendo a lo largo de la epístola, el amor que se ejercita en el interior obra como medio para santificarnos, como actividad de la nueva y divina naturaleza, y todo relacionado con la presencia divina, puesto que el que permanece en el amor mora en él. Este quinto capítulo encomienda a los santos al cuidado de Dios, para que él pueda llevar a cabo su obra en ellos, mientras seguimos delante de los objetos gloriosos de nuestra fe.

Dirigimos la atención del lector hacia dichos objetos: a Dios y a la venida de Cristo. Se trata, por una parte, de la comunión con él, y por otra, de nuestra espera del Hijo divino. Es bastante evidente que la comunión con Dios nos habla de la posición propia de la santificación más elevada. El que sabe que le verá, y que vamos a ser como Jesús, se purifica, así como Él es puro. Somos totalmente santificados en nuestra comunión con Dios; si él lo es todo para nosotros, somos santos por completo. No es ninguna alteración de la carne, que no se somete a Dios ni puede satisfacerle nunca. El pensamiento de Cristo y de su venida nos guarda en un sentido práctico, y de un modo totalmente inteligente hace que sigamos siendo irreprochables. Dios mismo nos guarda, es él quien obra en los corazones y los hace crecer.

Este punto de vista precisa unas aclaraciones. La novedad de la vida cristiana de los tesalonicenses los hacía ser más objetivos, si podemos expresarlo así, de manera que sobresalen los objetos y son reconocidos de forma inequívoca en el corazón. Ya hemos dicho que son Dios Padre y el Señor Jesús. Con referencia a la comunión amorosa con los santos —su gloria y corona—, el apóstol solo menciona al Señor, lo que conlleva una recompensa de carácter especial en la que definitivamente reina el amor. Jesús tuvo delante el gozo como sustento en sus sufrimientos, un gozo personal. En lo relativo a la obra y labor apostólica, el apóstol esperaba, igual que Aquel, obtener su fruto. Como caso distinto en el cap. 2, tenemos delante a Dios y Jesús como objetos, así como el gozo de la comunión divina —en la relación paterna—, y a Cristo, de cuya gloria y posición participamos por gracia.

Es únicamente en esta epístola que nos encontramos la expresión «a la *iglesia* que es en Dios Padre»¹⁴. La esfera de la comunión que tenían queda así manifestada, basada en la relación paterna que sostenían con Dios (1Tes. 1:3, 9, 10; 3:13; 4:15, 16; 5:23). Es importante resaltar que cuanta más vitalidad y vigor demuestra el cristianismo, más objetivo resulta, y está de más decir que Dios y el Señor Jesús ocupan un lugar relevante en la mente de nuestro nuevo ser, en el que estamos totalmente inmersos. Esta epístola es la parte de la Escritura que nos instruye sobre esta cuestión, lo que supone un medio para juzgar las numerosas falacias del corazón y dotar de sencillez al cristianismo que profesamos.

¹⁴ Quizá debido a su reciente liberación de los ídolos para servir al único y verdadero Dios.

Pablo termina su epístola pidiendo las oraciones de los hermanos, y los saluda con la confianza que produce el cariño. Asimismo, les pide que lean la carta a todos los santos. Su corazón no olvidaba a ninguno de los hermanos, y la comunión que mantenía con ellos denota su afecto espiritual y los lazos más entrañables. Como apóstol de todos, quería que reconocieran a quienes habían realizado la obra entre ellos, y a él también, que mantuvo vivo el contacto con todos los de Tesalónica. Era tal su corazón que abarcaba todos los consejos revelados de Dios, por una parte, y no olvidaba al más mínimo de sus santos por otra.

Queda por observar una circunstancia interesante, en cuanto a la manera de instruirlos del apóstol. En el primer capítulo se vale de las verdades que tanto apreciaban y que su inteligencia apenas lograba comprender, por lo que no dejaban de persistir en el error. El apóstol utiliza dichas verdades con la claridad que las tornaba comprensibles, y las aplica en sus enseñanzas a unas relaciones conocidas y experimentadas, de manera que las almas fueran definitivamente establecidas en la verdad y no se indujeran a error. Después de esto, podía seguir hablando del error y de las equivocaciones que hubieran cometido. Ellos esperaban al Hijo de los cielos. Era algo que ya poseían sin ninguna duda en el corazón. Cuando Jesús viniera con todos sus santos, pasarían a la presencia de Dios. Esta afirmación permitía aclarar, a todas luces, un importante aspecto, sin necesidad de mencionarles directamente el error. Su corazón había tomado un camino recto, en lo que a la verdad se refiere y a su aplicación a las cosas que poseían. Comprendían lo que significaba estar ante el Dios y Padre de Jesucristo. Era mucho más íntimo y conocido que la exposición de la gloria terrestre y caduca. Además, iban a estar en su presencia en cuanto Jesús viniera con todos los santos, una verdad sencilla revelada al corazón, por el simple hecho de que Jesús no podía tener solo a algunos de Su asamblea. El corazón tomaba posesión de esta verdad sin esfuerzo, y al hacerlo se aposentaban, tanto este como el entendimiento, en las cosas que facilitaban la comprensión de toda la verdad, vista la relación que los tesalonicenses tenían con Cristo y con los que eran suyos. La alegría que sentía el apóstol por reencontrarse (tanto si habían muerto o vivían aún) con todos ellos a la venida de Jesús, transportaba el alma a un terreno completamente distinto al que había conocido hasta entonces, donde su llegada los encontraría en un estado de bendición.

Tras ser enseñados, confirmados y establecidos en toda la relevancia de la verdad que poseían, gracias al desarrollo de los afectos y a su conocimiento más íntimo y espiritual de la comunión con Dios, los tesalonicenses estaban preparados y afianzados en la verdad, para discernir y descartar cualquier clase de error que no se ajustara a las cosas que apreciaban en su justa medida y no formaran parte de su posesión moral. Una revelación especial que dejaba claros estos detalles, y una manera de proceder muy instructiva.